

MEDIACIÓN CULTURAL, UN EJERCICIO PARA POSIBILITAR UNA CULTURA CONTEMPORÁNEA

VANESA CEJUDO MEJÍAS

RESUMEN

La producción de significados podría ser clave para habitar el futuro, un mañana que se inscribe bajo acciones culturales colectivas, "no contemplativas", en donde la acción se centra en los procesos de construcción de cultura a partir de experiencias colaborativas. En este sentido se hace necesaria que la soberanía sobre los aspectos trascendentes de la sociedad deba ir trasladándose al territorio de lo civil. Para ello sería fundamental abrir cauces de diálogo, y posterior colaboración, entre las instituciones y la comunidad. La figura de la mediación cultural atiende a esta contemporánea manera de hacer cultura valiéndose de: la escucha como actitud, la posibilidad como eje de acción, la co-creación como praxis, la reapropiación como alimento y la réplica como estrategia de transformación.

ABSTRACT

If we are thinking about current cultural practices we discover there are immersive ways of this taking place; where the action is focused on the processes of construction and creation that arise when the experiences become collaborative, and wherein the results emerge from the act of co-creation. To do this a new role enters into the cultural scene that is more focussed on facilitating than directing the cultural project. The strategies and processes of cultural mediation are established as new forms of creating stories, meanings and future possibilities in line with the concerns of the community, so that within this artistic habitat newer immersive and co-creative practises exist alongside the hegemonic and traditional structures of culture. Now standard cultural institutions no longer only offer the opportunity to passively receive culture but to participate in the production of culture.

La producción de significados, relatos y narrativas es clave para habitar el futuro. La forma en que se generan y quiénes son los responsables de crearlos son pistas para intuir nuestro futuro más cercano, a la vez que nos plantean retos para dar respuesta a una sociedad que se mimetiza en comportamientos inevitablemente conectados. La tecnología con la que convivimos, de la que aprendemos y con la que nos comunicamos ha cambiado nuestra forma de explorar, conocer y crear. Esto, fuera de ser una cuestión manida hasta la saciedad, no deja de ser importante para situarnos en un escenario contemporáneo que bebe de verbos como colaborar y co-crear; donde aparecen fenómenos como la inteligencia colectiva y la sociedad del conocimiento, que abanderan un sentir colectivo fuera de las formas acostumbradas. Vivimos en una sociedad que evoluciona tras el latir de un hecho revolucionario: internet y los dispositivos de conexión a la red, que se incorporan a nuestras acciones cotidianas hasta perder la conciencia de sus consecuencias. El hecho transformador no es la infraestructura y su despliegue por el mundo y las diferentes culturas, el hecho verdaderamente agitador es cómo afecta este sistema tecnológico a nuestra forma de expresar, a nuestra forma de expandir nuestros actos, a nuestra manera de trascender como especie inteligente que somos.



It's Tough to be a celebrity.
Elena García de la Fuente, 2017.

El acceso a una fuente irremplazable de conocimiento como es internet es exponencialmente más trascendental de lo que fue la imprenta en el ámbito del conocimiento y el teléfono en lo comunicativo. Porque implica no sólo un acceso multiplicador respecto a la cantidad de personas afectadas -siendo el porcentaje de usuarios muchísimo mayor del que pudo suponer la revolución editorial- sino sobre todo porque supone la posibilidad de explorar diferentes formas de ser y de sentir, de habitar y de crear. Es decir, las personas nos comportamos de manera diferente en esta fuente que se retroalimenta con nuestra interacción con ella, que crece y se reproduce en un acto reflexivo. Es un motor de conocimiento que se devora y se alimenta al mismo tiempo.

Vivir conectado refleja cómo cada uno tiene una forma de buscar la información, una forma de asimilar el conocimiento y una manera de crear en este entorno, y todo, absolutamente todo, queda grabado en esta infraestructura de vínculos emocionales y de conocimiento.

La realidad cultural que se genera a partir de este fenómeno nos hace hablar de un contexto completamente diferente en donde la producción de significados está posiblemente en manos

CULTURA, CIUDADANÍA PENSAMIENTO

PALABRAS CLAVE

Mediación cultural
Democracia cultural
Prácticas culturales contemporáneas
Cultura digital
Soberanía cultural

KEYWORDS
Cultural mediation
Cultural democracy
Contemporary cultural practices
Digital culture
Cultural sovereignty

de grandes élites empresariales, pero que, a su vez, por la magnitud del fenómeno, permite que las periferias creativas y los "no lugares" culturales cobren relevancia, materializándose en espacios insospechados y gentes incalculables.

Pero la cuestión más relevante de esta transformación no es ni siquiera la capacidad que tienen las pequeñas iniciativas de trascender las fronteras naturales que antes existían. Lo verdaderamente revolucionario es la mutación que se produce en las maneras de hacer en comunidad, lo subversivo es la manera que tenemos de generar significados. Se podría decir que la capacidad de conectividad y la forma en la que hemos integrado su potencialidad en nuestra vida nos han hecho mutar, han transformado nuestros genes y ahora nos comportamos de una manera diferente y, además, esperamos y generamos expectativas de forma distinta. El cambio obvio es el que nos muestra la materialidad de un dispositivo de conexión: un ordenador, un móvil o unas gafas de realidad aumentada. Sin embargo, lo latente, lo que intuimos, es lo verdaderamente sintomático.

La cultura, como conciencia colectiva, es la primera que se ve afectada, porque es una membrana porosa a la expresión de los comportamientos que reflejan los intereses, gustos y expectativas del grupo. Porque la cultura, además de ser un "culto" al arte y las humanidades, es espejo y cuerpo del conjunto de los saberes, creencias y conductas de una comunidad.

En la historia anterior las formas de hacer, las formas de asimilar las creencias y conductas estaban enmarcadas en las vivencias de cada uno, y en su limitación espacio-temporal. Podemos pensar entonces que la cultura es la expresión de esa comunidad "territorial" y "espacial", porque las personas tienen un marco de asimilación concreto en este espacio y en ese tiempo. ¿Qué ocurre entonces ahora que las personas tienen, además, un marco "digital"? ¿Cómo se produce esa asimilación de conocimientos, creencias y conductas dentro de la "comunidad digital"?



SEEN. John Yuyi, 2016.

La comunidad que se va conformando dentro de los códigos digitales, sin fronteras territoriales y temporales, crea afinidades de diferente índole a las tradicionales, y alimenta aquellas formas donde prevalecen intereses e inquietudes análogas. Podríamos pensar que en las comunidades anteriores el "roce", el inevitable encuentro con el otro, hace la comunidad; el espacio-tiempo analógico propicia lazos propios de una comunidad tradicional que se encuentra bajo una circunstancia casi inevitable: tú y yo estamos "obligados" a encontrarnos, nuestro espacio-tiempo "configura" la acción e interacción posible entre nosotros. Sin embargo, en las comunidades digitales, básicamente son los intereses los que producen esta colectividad.



Esto no es una cuestión menor. Pensemos que el vínculo que genera la comunidad digital es una atracción, y que el eje sobre el que gira el ejercicio colectivo es el apego y la afectividad hacia un interés común. La direccionalidad de este vínculo es algo a tener en cuenta porque puede explicar ciertos comportamientos culturales puramente actuales. En este caso no hablamos de la intensidad del vínculo, en la comunidad tradicional y la digital, sino en la direccionalidad de ese vínculo.

Por lo tanto, la producción de relatos puede diferir en los distintos ámbitos -los creados en la comunidad tradicional y los generados en el grupo digital-, siendo posible la contaminación de comportamientos entre ambos porque la cultura es la expresión del colectivo más permeable y sensible a las conductas sociales y permite formas híbridas.

Una de esas formas de estar, donde encontramos ciertos comportamientos heredados del "vínculo digital", es la figura del mediador cultural. Porque la mediación cultural usa estrategias que se han promocionado en esta era digital para poder construir significados de una manera democrática y horizontal. La realidad digital, su conectividad y su posibilidad de difusión han generado una ilusión sobre la capacidad de transformar nuestra realidad a través de la red, a partir del potencial del conocimiento y del saber compartido como estandarte.

Es así como crecen formas de hacer cultura como vivencia y experiencia, en donde se generan procesos participativos -que persiguen o no un fin- que vuelcan en el desarrollo del proyecto el esfuerzo creativo, abandonando formas más espectaculares donde el participante queda a la espera de saber qué se le ofrece.

La mediación cultural, por lo tanto, es una manera diferente de trabajar dentro del sector, donde el giro fundamental se encuentra en saber integrar, dentro de las propuestas, procesos participativos. La mediación cultural es una figura profesional que utiliza la escucha como actitud, la posibilidad como eje de acción, la co-creación como praxis, la reapropiación como alimento y la réplica como estrategia de transformación.



*Children at play in the Beeston area of Leeds.
Tim Smith, 2005.*

MEDIACIÓN CULTURAL, LA ESCUCHA COMO ACTITUD

La cultura siempre ha sido un arma silenciosa de los gobiernos para inducir comportamientos colectivos acordes a sus principios. Porque es un lugar de "fácil colonización", un espacio propicio para poder escenificar determinadas lecturas de nuestra historia. Este uso de la cultura entra en conflicto cuando se dan diferentes circunstancias que propician un giro hacia una mayor permeabilidad de las iniciativas civiles. Que vivamos en una sociedad donde se han reducido



los índices de analfabetismo, con un alto número de personas formadas, facilita la posibilidad de volcar las inquietudes en una red interconectada donde se encuentran afinidades que re-actualizan los comportamientos participativos.

Habitamos un tiempo que se inscribe bajo acciones culturales colectivas, "no contemplativas", en donde la acción se centra en los procesos de construcción de cultura a partir de experiencias colaborativas. Internet no es la causa, es la consecuencia de nuestra forma de comportarnos en un entorno físico que ahora se expande para explorar inquietudes y para difundir y compartir posibilidades.

En este sentido, se hace necesario que la soberanía sobre los aspectos trascendentes de la sociedad se vaya trasladando al territorio de lo civil. Para ello sería fundamental abrir cauces de diálogo, y posterior colaboración, entre las instituciones y la comunidad.

Si la categoría de lo estético asume la importancia que tiene en la Europa moderna es porque al hablar de arte habla también de todas estas cuestiones (la libertad, la auto-determinación, la autonomía, la particularidad y la universalidad, entre otras)... Es este fenómeno -y no tanto el hecho de que los hombres y mujeres descubrieran súbitamente el supremo valor que supone el hecho de pintar o escribir poesía- el que provoca que lo estético desempeñe una función tan singular dentro de la herencia intelectual de nuestro presente (Eagleton, 2006).

La figura del mediador cultural nace y se nutre de esta forma de entender la cultura, una figura orgánica que genera procesos para facilitar respuestas, relaciones y significados en torno a ella. Con un alto grado de empatía y de escucha, el mediador cultural debe diseñar las situaciones para propiciar el encuentro de experiencias significadas, debe construir el momento y las herramientas para poder facilitar la articulación de diversidad de lenguajes donde el "no consenso" sea un potencial, no un diferencial, y donde poder construir confluencias y canales de acceso para la sostenibilidad futura.

Por eso sostenemos que el mediador cultural debe basar su acción en una actitud de escucha. La escucha supone salir de los despachos y establecer diálogos frecuentes con las organizaciones y asociaciones que conforman el tejido cultural, propiciando la creación de propuestas que reúnan diferentes afinidades e intereses. La escucha supone, además, generar mecanismos de porosidad para poder programar conjuntamente a través de diferentes vías como las convocatorias, concursos, laboratorios, etc.

La escucha supone poner a disposición los recursos de la institución para impulsar aquellas iniciativas que de manera natural surgen de la sociedad (la institución puede generar protocolos de uso y disfrute de los recursos públicos por parte de la sociedad, sin dirigir y mediar su uso final). La escucha es poder incentivar aquellas iniciativas minoritarias, donde lo cualitativo se superpone a lo productivo, cuando el acceso a los recursos públicos suele discriminar aquellas "historias mínimas" que no responden a los criterios economicistas de la producción cultural y el espectáculo.

La escucha consiste, por tanto, en articular encuentros posibles entre los creadores, pensadores y sociedad civil en términos de co-creación, es decir, facilitar las situaciones para que la colaboración y la participación horizontal sean una realidad, permitiendo la eclosión de intereses y la materialización de lugares comunes.

La escucha tiene que ver con permitir la sostenibilidad de redes en donde poder generar sinergias y confrontaciones. La escucha es diseñar herramientas de acceso al conocimiento y la cultura donde la sociedad civil pueda recurrir en el momento y lugar que necesite, por medio de archivos, publicaciones online, repositorios de experiencias, etc. La escucha por lo tanto tiene múltiples formas y posibilidades, pero no es otra cosa que el permitir que la cultura suceda. La cultura no es un lugar a donde acudir, la cultura no es un espacio ni una representación, la cultura tiene que suceder y el mediador cultural con su actitud de escucha y la articulación de situaciones debe permitir que sea una realidad.

MEDIACIÓN CULTURAL, LA POSIBILIDAD COMO EJE DE ACCIÓN

A diferencia de un producto la cultura no se agota, más bien al contrario, se nutre de un proceso multiplicador que trasciende a otros ámbitos de la sociedad y de la economía. Y es que la inercia creativa se basa en la "posibilidad de", el arte facilita el pensamiento expansivo de posibles, la cultura y sus herramientas permiten generar espacios nuevos de pensamiento y acción, de la misma manera que permite recrearse en los tradicionales. La creación es una fuente de posibilidad que utilizamos para generar futuribles, para reproducir ficciones que nos hagan expandir nuestra experiencia más mundana; es la exploración de emociones, pensamientos y vivencias que nuestra rutina diaria no permite.

Bajo el nombre de estética relacional se nos dice que el trabajo del arte, en sus formas nuevas, ha superado la antigua producción de objetos para ver. A partir de ahora produce directamente "relaciones con el mundo", y por lo tanto, formas activas de comunidad [Bourriaud, 1998].

La mediación cultural debe permitir la supervivencia de las iniciativas interdisciplinares que "no caben" en las estructuras normativizadas de la sociedad, debe facilitar el mantenimiento de las historias mínimas, de los lugares culturales inexplorados y finalmente articular el acceso a estos contenidos.

Por lo tanto, la cultura debe de suceder en cada uno de nosotros como una posibilidad de poder vivir acorde con las exigencias de nuestra especie. Los humanos necesitamos ejercitar esta herramienta para poder trascender nuestra vida, y la mediación cultural debe de atender este derecho, que tenemos todos, a potenciar nuestra vivencia.

Lo real es siempre el objeto de una ficción, es decir, de una construcción del espacio en el que se anudan lo visible, lo decible y lo factible. Es la ficción dominante, la ficción consensual la que niega su carácter de ficción haciéndose pasar por lo real en sí, trazando una línea divisoria simple entre el dominio de ese real y el de las representaciones y las apariencias, de las opiniones y las utopías. Tanto la ficción artística como la acción política socavan ese real, lo fracturan y lo multiplican de un modo polémico [Rancière, 2008].



A young visitor and her toy elephant finds that the elephant house at London Zoo is closed for their winter holidays. Foto intervenida de Fox Photos/Getty Images.



MEDIACIÓN CULTURAL, LA CO-CREACIÓN COMO PRAXIS

La cultura contemporánea ha hecho aflorar metodologías y procesos de construcción de relatos diferentes a los que existían en el pasado. Esto no quiere decir que sean mejores, ni peores, tan solo revela la necesidad de dar salida a un tipo de demanda que convive con otras formas tradicionales.

La co-creación como praxis es asimilar una práctica que se incluye en las culturas colaborativas de la red. Un conocimiento compartido que se transforma bajo la libertad de licencias y que convierten al producto cultural en un material inacabado, modular, adaptable y vivo. De esta manera, las fórmulas de co-creación vuelven a poner el punto de fuga en otro lugar diferente al de las autorías y las apropiaciones comerciales. La co-creación explora en esas formas de generar cultura a partir de intereses diferentes a los tradicionales, en la creación de contenidos y relatos culturales basados en entender el proceso de creación como recompensa suficiente para crear. Estos comportamientos colectivos propician realidades más cercanas a las ecologías que a los sistemas sociales politizados. Son procesos que en muchos casos se entienden fuera del sistema normativizado por el hecho de que la finalidad para producirlos se basa en parámetros no economicistas, amparándose en motivos y ambiciones más cercanas al humanismo, y en cierta medida al romanticismo.

La mediación cultural debe permitir el encuentro horizontal de los saberes para propiciar la co-creación, pues la reapropiación es el alimento que justifica el propio proceso. Si además los contenidos y relatos construidos tienen la posibilidad de ser replicados, porque buscan la portabilidad de los procesos en diferentes ámbitos territoriales y sectores sociales, conseguimos generar iniciativas que registran todo el proceso de creación, permitiendo su réplica en otros lugares y momentos, además de ayudar a que cada cual lo asimile según sus necesidades e intereses. Si es así, se pone en marcha además un enérgico sistema de transformación social, dado que se comparten los procesos de conocimiento, acelerando el cambio y la evolución a través de esas experiencias compartidas.

A MODO DE CONCLUSIÓN Y DE POSICIONAMIENTO COMO MEDIADORA CULTURAL

La ciudadanía no solo goza de un derecho de acceso a la cultura, sino que ostenta toda la legitimidad también para su producción. La democracia cultural no nos habla de acceso, sino de producción, y no se trata de vulgarizar la cultura sino de generar procesos comunitarios donde imbricar las diferentes maneras de pensar los futuros. La cultura es el espacio para imaginar, explorar, donde las personas utilizamos el recurso del extrañamiento y las áreas de lo desconocido como potencial creativo. La ciudadanía debe y tiene que pensar sobre esto. El ciudadano debe ser partícipe de esta producción de significados porque con ellos se construyen modelos de sociedad y personas con capacidad crítica hacia su entorno.

Se defiende, por tanto, la incorporación del arte y la cultura a los contextos cotidianos, recuperando verdaderamente la esencia trascendente del hombre, la cultura como derecho; y más aun, el arte y la cultura como deber, como privilegio que como especie hemos de atender, pues no atender a las sensibilidades humanas es un "atentado" a la propia humanidad.

REFERENCIAS

- BOURRIAUD, N. (1998): "NB Esthétique relationnelle", Les Presses du Réel, Paris.
RANCIERE, J. (2008): *El espectador emancipado*, Editorial Manantial, Buenos Aires.
EAGLETON, T. (2006): *La estética como ideología*, Editorial Trotta, Madrid.

VANESA CEJUDO MEJÍAS

PENSART, MEDIACIÓN CULTURAL
VANESACEJUDOMEJIAS@GMAIL.COM

Socióloga y Doctora en Historia y Artes. Ha sido mediadora, docente y supervisora de programas de autogestión educativa y/o artística en países como Senegal, Angola, Venezuela y Guatemala a través de diversas becas de la AECID. Concilia su actividad de mediación artística en la organización PENSART y los talleres de acercamiento al arte en Making Art Happen con la actividad de crítica en la revista Brit-Es Magazine sobre creadores españoles en Reino Unido. Es además miembro activo de la Junta directiva de las MAV (Mujeres Artistas Visuales). Actualmente reside en Londres.

